

los mismos transportes de una exaltada alegría.»

«Cuando la primera noticia de la insurrección llegó al autócrata de todas las Rusias, que se consideraba como el domador de todas las revoluciones, creyó ese soberano que se le acababa de confiar una sublime misión. Un manifiesto del 11 de Agosto llamó á las armas á los reclutas; el emperador quería expresar su desaprobación y romper todas las relaciones con Francia; se prohibió á los buques franceses bajo pabellón tricolor que entrasen en los puertos rusos, y de la misma manera se prohibió á los viajeros franceses el pasar las fronteras del imperio.

»En Berlín, en las altas esferas se expresaba una viva, violenta y dolorosa simpatía por la suerte de los borbones; y los que arrastraban por los salones sus «espanta paisanos,» manifestaban altamente sus opiniones en los círculos más elevados del ejército.

»En Holanda, el diario de las *Nederlandsche Gedachten*, redactado por entero por el espíritu de un Polignac y de un Van Maanen, aguijoneaba al gobierno francés *antes* de la catástrofe y al de los Países Bajos *después* de la revolución; excitábales á hacer su deber con energía, á oponerse á la invaso-

ra preponderancia del principio democrático, á rehusar la menor concesión, y, en caso de necesidad, á romper todas las resistencias, estableciendo la dictadura franqueando los límites trazados por la Constitución...

»Los diarios ingleses decían que el lenguaje de este diario, era el lenguaje de los insensatos. El *Diario de Arnheim* aconsejábale que cambiase su título y tomase el de *Los Pensamientos españoles*. La *Gaceta de los Países Bajos*, diario ministerial, aun cuando encontraba que todo se iba á poner de nuevo en tela de juicio por las agitaciones, á las cuales la sociedad sería entregada y que habían quebrantado ya las instituciones de Francia, sin embargo, reservaba su juicio definitivo...

La confianza, sin embargo, renació en Europa al ver que en Francia, en suma, no había ocurrido más que un cambio de dinastía complicado con una reforma constitucional, sin que el gobierno ni el pueblo francés pretendiesen pasar sobre Europa: así ya en Setiembre los embajadores en Francia, en Inglaterra, Berlín y Petersburg, fueron recibidos por los soberanos, lo cual significaba el reconocimiento del nuevo orden de cosas creado por la revolución de Julio. Desde este momento la revolución quedaba legalizada y consagrada.



Túnez: Nixan



CAPITULO XXXVIII

LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE BÉLGICA

Las jornadas de Agosto en Bruselas.—Resoluciones del Rey.—Misión pacífica del príncipe de Orange.—Agitación en las provincias del Norte y del Sud.—Ruina de la causa del movimiento.—Desarme de la guardia cívica.—Misión belicosa del príncipe Federico.—Ataque y defensa de Bruselas.—El territorio belga queda libre de holandeses.—Segunda misión pacífica del príncipe de Orange.—Campaña de Amberes.—Ojeada retrospectiva.

DE encontrar las jornadas parisienses á Bélgica en el estado de ebullición de la primavera, es bien seguro que la revolución hubiera sido simultánea en París y Bruselas, pero el rey había dominado un tanto la situación, los jefes del partido liberal estaban desterrados, luego se había apaciguado al clero con el concordato, y todo esto unido á la antipatía del partido clerical belga por el movimiento francés, que había escrito en su bandera como una de sus exigencias la libertad é igualdad de todos los cultos, hizo que las jornadas de Julio, á falta de materia explosible entraran sólo en el fondo del pueblo belga que sintió reanimarse su ardor con el fragor de la lucha francesa; pero quedando lo más tranquilo del mundo en apariencia.

Apariencia esta que sin calcularla pudo favorecer mejor á los patriotas que no la agitación, pues aun cuando las autoridades civiles y militares le decían al rey y al príncipe de Orange que no debían fiar en esta agua mansa, rey y príncipe se burlaban de las angustias de sus fieles servidores, sin que nada pudiera llegar á turbar su tranquilidad ó su confianza en la pasividad del pueblo belga.

Razón tenían las autoridades en alarmarse, porque bien pudieron averiguar más ó menos que los jefes del partido liberal belga se agitaban en París, y que por consiguiente su agitación había de hacerse sentir en la capital y en provincias.

Formaban á la sazón en Bruselas el núcleo del partido nacional Gendebien, Weyer, Lebroussart, Levae, Michielis y Verboeckhoven, pero sólo Gendebien, el abogado de Potter, había acabado por dar forma concreta á su pensamiento. Para este ardiente demócrata la cuestión no estaba en recobrar para Bélgica la absoluta independencia administrativa sino la independencia nacional, y como para llegar á este resultado era necesario contar con medios para resistir al ejército holandés, Gendebien, optó para que Bélgica fuera francesa con tal que no fuera holandesa. Así, acompañado de algunos amigos que compartían su modo de ver, se trasladó á París en donde, naturalmente, sus ideas habían de encontrar la más calurosa acogida en el seno de la Sociedad de los Amigos del pueblo, ofreciéndole su apoyo personal Manguin y Lamarque; pero el gobierno francés, Lafayette y el mismo Luís Felipe declinaron el ofrecimiento que se les hacía temerosos del

efecto que pudiera causar en Europa el que la revolución de Julio, como la del siglo pasado, principiara con una campaña para la conquista de Bélgica.

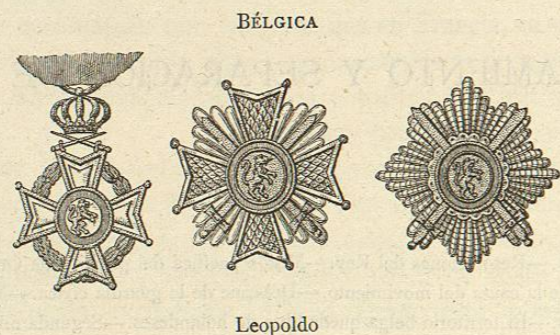
Por grande que fuera la decepción, no por esto desmayaron los patriotas belgas que resolvieron acometer por sí mismos la empresa de recobrar su independencia: esta independencia que hacía ya siglos que Bélgica no había disfrutado.

Schayve que tenía gran ascendiente con la población obrera de Bruselas, fué el encargado de organizar y dirigir el movimiento insurreccional y como el 24 de Agosto debían principiar las fiestas para celebrar el cumpleaños del rey,—59 años,—la conspiración llegó al atrevimiento de anunciar y fijar su

programa revolucionario en las esquinas, al lado del de las fiestas reales de esta manera: «El lunes (23 de Agosto) fuegos artificiales; el martes iluminación; el miércoles revolución.»

Las autoridades amedrentadas por tanta osadía, creyeron que, cambiando el programa de los festejos, cambiarían el de la revolución, y en su consecuencia dispusieron que el día 24 de Agosto no hubiera iluminación. Los patriotas, sin embargo, mantuvieron su programa.

Representábase el día 25 la ópera *Mutta di Portici* en el teatro de la Moneda, hasta entonces prohibida, y los espectadores acogían las situaciones políticas de la obra con frenéticos aplausos y signi-



ficativos vivas, esto mientras la multitud iba engrosando en la plaza y hacía coro á las demostraciones que tenían lugar en el interior del teatro.

Al terminarse la representación, la multitud engrosada con los que salían henchidos de entusiasmo del teatro, se organizó en columna anónima; guiada por el odio, dirigióse á la redacción de *El Nacional*, destrozándolo todo; de allí á la casa del famoso Libri, devastándola por completo; luego á la casa del fiscal Schuermans y del director de policía Knyff, mientras los mejor armados y organizados se lanzaron sobre la casa del ministro de Justicia pegándole fuego, sin que pudieran impedir su obra destructora los bomberos y los pelotones de cazadores que acudieron para salvar la casa del ministro á causa de la amenazadora é imponente actitud del pueblo.

Bruselas amaneció el 26 de Agosto con la revolución en las calles; los sublevados se habían armado como habían podido, Bruselas era suya, porque las autoridades amilanadas, creyeron que aquella era la revolución que temían, cuando no había sido más que la explosión del sentimiento de los más exaltados, un movimiento espontáneo que podía, como en París, ser la revolución si encontraba sus jefes.

Como los jefes no parecían, el pueblo se entregó á toda clase de desmanes, que no parece sino que en el fondo del alma humana los instintos animales despiertan con toda la energía de los antecesores tan pronto se sienten seguros de la impunidad.

Tantos y tan grandes fueron los atropellos cometidos en la ciudad y pueblos vecinos, que los burgueses belgas decidieron tomar sus medidas para su seguridad, y al efecto, pasó una comisión compuesta de Ducpetiaux, Vanderlinden, Delfosse, Carlos Pletinkx á verse con el gobernador Vanderfosse para que se restableciera la milicia ciudadana, lo que consiguieron, apareciendo ya las primeras patrullas en las calles á las diez de la mañana.

Un conflicto entre la insolencia de aquella turba y la burguesía, era inminente; pero ésta dejaba hacer en el orden político, así nada hizo para impedir que se destrozaran las armas reales en donde quiera que estuvieran fijadas, ni nada para impedir que el pueblo rindiera el pabellón real é izara la bandera brabantina; pero por la noche, 27 de Agosto, tropa y Guardia nacional se vió acometida, y ésta sin vacilar hizo fuego, haciéndose con su descarga dueña de la situación. El pueblo con esta llamada al orden comprendió que se había excedido, y el orden se

restableció, quedando entonces encargados de organizar sólidamente la Guardia nacional el barón Hoogvorst y Pletinckx.

Los que no habían podido dominar aquellas turbas armadas, dominaron fácilmente á los hombres de orden, porque aquellas carecían de disciplina, y estos sabían que sin disciplina no hay acción posible.

Hubieran querido las autoridades echar un velo

sobre lo ocurrido, ya que fuera del hecho de destruir las armas reales, el movimiento separatista no había ido más allá; pero como no eran ellas las que habían dominado la situación, como no eran ellas las que lo dominaban, pues eran los fusiles de la Guardia nacional los que conservaban el orden, no podían impedir que sus jefes, patriotas todos, pensarán en aprovechar aquellas circunstancias en favor de su patria; y en efecto, el día 28 se vieron convo-



Defensa de Bruselas

cadadas para una reunión en las Casas Consistoriales, al efecto de escogitar términos hábiles para restablecer sólidamente el sosiego público.

Rechazaron las autoridades la facciosa invitación que se les hacía; pero la reunión se celebró bajo la presidencia del barón Secus, acordándose enviar una comisión al rey para que apartara de su lado á los malos ministros; Gendebien intervino en su redacción, y Gendebien fué de los que marcharon con ella á La Haya á llevarla al rey. La revolución, pues, había empezado. Dos gobiernos tenía ya Bélgica, el real que no podía hacerse obedecer, y el popular que ya se atrevía á presentar, apoyadas en los fusiles de la Guardia nacional, si no sus condiciones, sus reivindicaciones.

Gendebien que había marchado á La Haya con el

ánimo resuelto de favorecer la ruptura y de llamar á Francia en auxilio de Bélgica, oprimida por el extranjero, comprendió después de la entrevista que celebró con el ministro Gobbelschroy, que era posible una Bélgica soberana é independiente, y á esta solución se consagró desde aquel momento, reclamando con la mayor energía la separación administrativa de las dos coronas, y su unión personal con la dinastía.

En La Haya el rey y los ministros no querían más que sumisión y represión. Creía el rey que si sus derechos se veían en peligro, las potencias extranjeras y en particular Inglaterra, en virtud de los tratados que habían creado los Países-Bajos, vendría á sostenerle, y en esta confianza no quería entenderse con los rebeldes.